

*Presentación del libro “Las agujas del tiempo”, de Mauricio Rosencof, en Montevideo, el 26 de junio de 2003.*

Judío, pobre, inmigrante, comunista. Bajo esos cuatro signos vitales, aportados por sus padres, nació Mauricio Rosencof Silberman hace 70 años... bueno, en realidad hace 69 años y 361 días, porque su cumpleaños número 70 será el próximo lunes, 30 de junio. Por ahora, ese es el día de su cumpleaños... Algún día será el de su natalicio... Sobre esto, no se preocupen que no se trata de una broma macabra, sino de una referencia a las agujas del tiempo que tan bien enhebra el Ruso. Esas cuatro señales: judío, pobre, inmigrante y comunista, en su caso fueron, hay que decirlo, como cuatro estrellitas de Belén colgando en el cielo uruguayo. Quiero decir: para él no solamente fueron señas de identidad, sino además marcas de luz. Guirnaldas de amor familiar, de orgullo cultural y de articulación social.

Esta primera observación me resulta clave para entender al autor de los textos que hoy me han confiado presentar, o más bien introducir en sociedad, porque en realidad presentados están –y de forma estupenda— por Virginia Arlington, quien tuvo buen tino y pulso firme al balancear los materiales, precisión al colocar los pequeños copetes que enmarcan muchas páginas y seriedad a la hora de redactar las notas al pie, ese instrumento (disculpen la digresión) magnífico de la ensayística hispánica y latinoamericana –pensemos en Mariátegui y en sus ensayos cribados de notas al pie— que ha sido virtualmente abandonado por las nuevas generaciones de pensadores, quizás porque no quieren mostrar todas las cartas, o porque no tienen muchas cartas para mostrar, o porque reivindican el breve ensayo sajón, tan austero y autosuficiente él, o vaya a saber por qué... Pero, vuelvo al tema, Virginia utiliza el instrumento de las notas al pie sin temor y con puntería, siempre. Su trabajo es estupendo, sobre todo si tenemos en cuenta que el autor a recopilar no es de decir rectilíneo y uniforme, sino de una autenticidad sinuosa, zigzagueante o, como le gusta decir al general Seregni, “arborescente”. Dicha arborescencia requería –y tuvo— una contextualización no invasiva pero sí generosa a la hora de ayudar al lector en el recuerdo de datos, situaciones y hasta nombres de personas y lugares que, de lo contrario, se perderían en el torrente de “sobreinformación desinformativa” que hoy nos sepulta. Así, resulta sencillo entender pequeños apuntes, de gran valor reflexivo –verdadera crónica de la sociedad uruguaya— publicados en su momento en la revista “Tres”, que en muchos casos abordaban asuntos de la más inmediata noticia cotidiana. Tal el caso, dos ejemplos entre muchos, de los artículos titulados “Madre protectora”, sobre un desgraciado episodio policial, o el fantástico “Muy lamentable”, escrito a propósito de la “muy lamentable” muerte del hijo mayor de John F. Kennedy, quien cayó al mar en la avioneta que piloteaba, porque parece que el muchacho como piloto era “muy lamentable”.

Al comienzo señalé los orígenes de Rosencof, y me parece significativo tener esto en cuenta una vez más, porque ellos atraviesan su pensamiento y

sus escritos, volviéndolos transparentes en su intención aunque, ya está dicho, no en su formulación. Este elemento, lejos de debilitar las ideas, las fortalece y potencia, ya que la arborescencia responde a un espesor de pensamiento y no a una ausencia de claridad o, para emplear el mismo término, de transparencia. Para ser directos y comprensibles: el Ruso dice cosas, muchas cosas, y ahí radica un valor inestimable.

La recopilación y edición de estos trabajos tienen una enorme importancia cultural, social y política en el Uruguay de hoy. Importan justamente porque ellos dicen. Y por lo que dicen.

Y dicen a pesar de muchos.

Dicen en un país en el cual los decires están mal vistos y suelen ser duramente reprimidos –reprimidos desde tiendas conservadoras y también reprimidos desde el progresismo y la izquierda. Pienso, por poner un ejemplo de estas horas, en el linchamiento que acaba de sufrir Mario Handler, el director de cine, quien tuvo la infeliz idea de hacer una película sin pasar por las estructuras “políticamente correctas” usuales en la cultura uruguaya. En un país en el que el estilo consiste muchas veces en estar sin decir (o sea en figurar, sin incordios, flotando *ad líbitum* en el limbo de los vernisages y las recepciones diplomáticas, los cócteles en sedes de organismos internacionales, los brindis inocuos en alfombrados salones –ese “enemigo rumor” de los salones, diría Lezama Lima), en este país, entonces, tan poco decidor, esta suma de ensayos, artículos, notas, fragmentos de obras teatrales, poemas y hasta ocurrencias de Rosencof, es como una centella: infrecuente, inesperada, bellísima y peligrosa.

A esta altura debo confesarles que no pensaba hablar del libro, entre otras cosas porque lo recibí hace apenas unas horas. Es decir que, suponía, no iba a tener tiempo material de leer sus más de 400 páginas antes de este encuentro. Pero acá interviene un elemento que quiero compartir con ustedes. Una vez Mauricio, injustamente, me espetó: “Si me lees, te leo”. Fue hace algunos años, a propósito de “Las cartas que no llegaron”, durante una entrevista en Radio Sarandí. Yo había leído el libro, pero pensaba que era mucho más interesante y útil hablar de Mauricio y de “sus vidas” que de “Las cartas que no llegaron”, porque además el uno estaba incluido en el otro. Pero Mauricio quería, de todas formas, recorrer las páginas de ese libro durante la entrevista. Y él tenía razón, su razón: la razón del escritor que ha dejado el alma en cada frase, en uno de los textos más serios e importantes que, en mi humildísima opinión, ha dado la literatura uruguaya en la últimas décadas. “Las cartas que no llegaron” es uno de los más universales, hondos y oblicuos textos sobre la memoria y el alma (también debería decirse “sobre la memoria del alma”) que se han escrito por estas tierras. Un libro que, más allá de la voluntad expresa de su autor, aparece atravesado por un espíritu religioso que ilumina las más terribles oscuridades, y que opera como conciencia de la re-unión de las partes dispersas. Un libro, “Las cartas que no llegaron”, que encaja, en un complicado y maravilloso mecanismo, la ficción en la realidad y la autobiografía en la historia. Creo que me fui del tema...

Pero bien, respecto a aquella situación en Radio Sarandí: yo también tenía mis razones, que eran la del periodista que quería compartir con su

audiencia al personaje que tenía enfrente. Bueno, el resultado fue una estupenda entrevista, la recuperación de una vieja tina de latón por parte del entrevistado y la ya citada y, reitero, injusta frase de Mauricio.

Ahora, varios años después, me encuentro con otro libro del Ruso y la lectura me va llevando, que es como decir que el libro me está leyendo a mí. Con la incomodidad que supone leer el printer (o sea la versión informática de las viejas galeras), con hojas desparramadas aquí y allá por mi casa, con papelititos anotados al vuelo en distintos lugares, finalmente me decido y apunto algunas impresiones que me resultan interesantes.

Nada es simple en este libro. Desde el título, muchos son los sentidos posibles. Virginia Arlington propone, sobre todo, uno: las agujas como instrumentos para coser lo descosido. Siguiendo quizás la vieja idea del Ruso en cuanto al título (que iba a ser “Cajón de sastre”, gráfico en sí mismo y además homenaje a su padre –quien era sastre— y, por si fuera poco, buen compendio de la propia vida del Ruso) Virginia nos sugiere en la “Introducción” que esas agujas pueden también contribuir a cerrar viejas heridas aún abiertas.

Están, claro, las agujas del reloj. Esas dos saetas que marcan, inexorables ellas, nuestro peregrino ser. Puede, de la lectura de algunos de los trabajos recopilados en el volumen, imaginarse uno las manecillas del reloj como agujas de coser que se clavan en la tela de la vida. Agujas que lastiman, pero que a su vez nos recuerdan cada instante, cada momento de esta vida que pasa. Flecha del tiempo, entonces, memoria vuelta aguja, desgarrar que se cierra con dos agujas. Reloj de sastre, casi. Recuerdos.

De recuerdos –aunque no solo de ellos— este libro se alimenta. El libro dice, entre otras cosas, lo que pasó en Uruguay y lo que nos pasó a los uruguayos. Lo dice sin tapujos, lo que no quiere decir sin vueltas, porque el Ruso es un intelectual –y lo es pese a que esa palabra le genere gestos, sornas varias, chascarrillos— cuyo pensamiento es una fantástica sucesión de giros, vueltas, volutas, enroques, curvas y callejones, que desembocan o caen o se instalan, cuando uno menos lo imagina, en el sitio adecuado. Pienso, por ejemplo, en el breve ensayo sobre la histeria y don Juan de Mairena, o en las reflexiones que él elabora a propósito de la palabra “natalicio”, palabra que a muchos alarmó hoy, al principio, cuando la cité. El libro dice, también, aunque con otra densidad y otro aire, en las reflexiones iniciales: “Variaciones sobre el interrogatorio” (trabajo presentado en Oslo en 1987) y “Literatura carcelaria” (publicado en España en ese mismo año). En esos ensayos, Rosencof va y viene por los laberintos más oscuros de la conducta, eso que Robert Antelme llamó, al salir de Autzchwitz, “la especie humana”, pero siempre se las arregla para hacer brillar una lucecita: por ejemplo cuando apunta un poema de esa “literatura carcelaria”, escrito por alguien tras la tortura. Texto brevísimo y conmovedor, deseo citarlo. Dice:

Hoy me han quitado la capucha.  
Ahora, justo ahora  
que tengo ganas de llorar”.

La escritura de Mauricio recorre, con una firmeza que nace de la humildad, algunas de las experiencias más terribles de la dictadura (como la memoria de la vida, pasión y muerte de Adolfo Wasen), pero también se remonta a historias anteriores, algunas de una belleza casi irreal, como ese amanecer de color malva que él describe en las afueras de Minas, a mediados de los años 50, mientras un ejército de harapientos despertaba junto a la linde del monte ante sus asombrados ojos de joven periodista y escritor ya metido a revolucionario. Y hay páginas en las que chispea ese humor inagotable del autor, ejemplificado en la descripción de los dos “Panzer” que simbólicamente embisten, entre toses y filosofía, contra la embajada de los EEUU en Montevideo. Los dos “Panzer”, aclaro, eran Raúl Sendic y el propio Ruso, dos veteranos tratando de mejorar su paupérrimo estado físico corriendo, ¡imagínense dónde!, frente a la sede diplomática del Imperio.

Mauricio muestra en estas páginas. Y se muestra. Generoso, él se nos muestra a nosotros, sus lectores. Y se nos muestra tal cual es: radical, gracioso, ocurrente, firme, contradictorio, honesto, calentón. De alguna manera, estas agujas tienen un cierto aire como de autobiografía a pesar del autobiografiado, de cuidadosa reconstrucción de momentos, de épocas, de personas y personajes. Tiene, el libro, una enorme diferencia con las habituales autobiografías de celebridades varias: no está escrita con la memoria que, desde el presente, hace guiñadas y trampas para, al final, acomodar los recuerdos a la prosa de quien escribe. Estas agujas pinchan, a veces lastiman. Y lo hacen porque el país lastima.

Hay que señalar, también, que este libro fue escrito a lo largo de muchos años. Pese a que está integrado por materiales elaborados a partir de 1985, es decir cuando Mauricio Rosencof nació por tercera o cuarta vez a esta vida terrena (le tomo prestada la figura a Miguel Ángel Campodónico) pese a eso, digo, todos los trabajos contienen apuntes, notas, fragmentos, que pertenecen a alguna de sus vidas anteriores: la del teatro, por ejemplo; o la de los avatares en el Partido Comunista (y digo, y esto es mío: el Partido de los queridos comunistas uruguayos, que supieron poner en miles de gargantas la esperanza junto con aquel canto que invitaba a la resistencia: “Arriba los pobres del mundo/ de pie los esclavos sin pan”); la vida del tupamaro, el Leonel de la columna 70 del MLN... el Henry Beassure que aterrizó en La Habana en 1971 para hablar con Fidel Castro... En fin, creo que me he contagiado, a través de la lectura, de una rusitis aguda, así que no voy a seguir ramificando en arborescencias sucesivas mis reflexiones (entre otras cosas porque yo, a diferencia de Mauricio no sé cómo regresar al tronco del árbol y corro el riesgo de quedar colgado de una rama).

No quiero extenderme porque no quiero aburrirlos, aunque en realidad tengo tantas cosas para decir que mejor voy callando ahora. Estas agujas del tiempo son estimulante fuente de reflexión, nos ayudan a pensar en nosotros, en nuestra gente, en la sociedad que estamos construyendo, desde la acción o la omisión, entre todos. He ahí otra de las muchas virtudes del libro: dice, y diciendo nos ayuda a pensar y, vaya a saber, por qué no, también a decir.

No quiero concluir sin mencionar una singular coincidencia: este libro sale al mercado al recordarse los treinta años del golpe de Estado. A estas horas, en 1973, ya Bordaberry había cocinado el infame potaje con la ayuda –debe subrayarse– no solamente de algunos militares de esencia corrupta, sino de un grupejo de despreciables civiles, casi todos antisemitas, que fueron a comer de la mano de aquel amo, al que le arrancarían el brazo tiempo después. Este libro sale a la calle el mismo día en que se funda en Montevideo, oficialmente, con la asistencia del presidente de la República, un centro de estudios para la democracia que lleva el nombre de Jorge Pacheco Areco, que es como si la Facultad de Arquitectura tuviera un Taller “Osama bin Laden”, o como si se inaugurara un sanatorio cuyo edificio central llevara el nombre de “Dr. Joseph Mengele”. ¿Pero, de qué asombrarnos? Ya el embajador de EEUU en Montevideo ha dicho en estos días que el Sr. Rhom, el que vive en Miami, no será detenido pues no representa peligro de ningún tipo... Ya Juan Carlos Blanco, procesado por homicidio muy especialmente agravado, está libre porque “no representa un peligro”. ¡Y el miserable todavía invoca a Dios! ¡De qué asombrarnos: un bebé de 13 meses muere comidos por los parásitos (entiéndase bien: muere agusanado), y el ministro de Salud dice muy pomposo y orondo que se acabó el carnaval. ¿Qué carnaval se ha acabado? ¿El de los que viven en esos ranchos de lata y cartón en Las Piedras, donde se murió ese nenito? ¿El carnaval de Borro, donde ayer nomás asesinaron de un balazo a un niño de 7 años? Son preguntas... Bueno, de preguntas como esas está también construido este estupendo libro. Quiero decir que los trabajos de Rosencof en “Las agujas del tiempo” justamente exploran esos vínculos dialécticos entre lo que es visible y lo que sostiene esa visibilidad.

Deseo terminar recordando un pasaje de La Biblia que será grato al corazón de Mauricio. Es el que cuenta, en el libro del Éxodo, el momento en que Moisés, que está pastoreando las ovejas de su suegro, tiene su decisivo encuentro con la zarza que arde sin quemarse. Dios se le manifiesta ahí, habla con él y le indica su misión: sacar al pueblo de Israel de Egipto. Moisés acata –abrumado por la magnitud de la tarea– no sin antes maravillarse en la pregunta ante lo que estaba contemplando: ¿cómo es que esta zarza arde sin quemarse? Acaso esa sea la madre de todas las preguntas, el estupor sobre el que se han construido todas las filosofías. Acaso sea, también, esa pregunta, la que acecha desde las páginas de este libro: ¿cómo es que esta zarza arde sin quemarse?

- “*Las agujas del tiempo*”, Ed. Alfaguara, 2003.